

La Luz del Porvenir

Gracia 7 de

Diciembre de 1893.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Extranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol, 5, bajos,
y calle del Cañón, 9, principal

SE PUBLICA LOS JUEVES**PUNTOS DE SUSCRIPCION**

En Lérida, Cármen 26, 3 En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, S. Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—Carta Abierta. A mi ilustrada hermana Amalia Domingo y Soler.—Consideraciones sobre el orden social —Comunicaciones.

CARTA ABIERTA

A mi ilustrada hermana Amalia Domingo y Soler

Querida Amalia: Aun cuando no me hubieses hecho el honor de dedicarme tu Carta Abierta publicada en el número 23 de LA LUZ DEL PORVENIR, yo te dedicaría la mía porque há tiempo siento la necesidad de espontanearme con un sér amigo que me comprenda, sino dentro del sentimiento, (pues no me tratas) por lo menos en la razón y en la verdad, á las cuales consagrada estás por providencial misión en tu existencia presente.

Quisiera para poder expresarme tener más sencillez que profundidad en la dición, más precisión que silogismos, y no puedo decir mas corazón que cabeza, porque:

En la fuente de mis lágrimas
empapo la pluma mía.....

Si yo no elaborara mis escritos con la levadura de amargos sinsabores, no llevarían el sello de la Verdad que les caracteriza; y esto bien lo sé yo que de horribles y continuadas luchas, cansada estoy cuando aún la primera cana no ha deslucido mi negra cabellera ¡y dicen que las penas y la vida concentrativa blanquean los cabellos!...

Nosotros los que conocemos la verdad del Espiritismo, no para negarla con liviana conducta, sino para santificarla con buenas obras, sabemos perfectamente que el espíritu se constituye un organismo apropiado á la índole de las pruebas que habrá de sufrir, y así se comprende cómo en igualdad de circunstancias el uno se quiebra cual si de frágil cristal fuera y el otro resiste los embates de los continuos vaivenes de la existencia; y aquí entra por mucho el valor del espíritu, más fuerte cuanto más sensible, más sensible cuanto más combatido es por las contrarias tempestades de la vida; por eso no he juzgado nunca la fuerza ni el valor por la musculatura del cuerpo, ni por la audacia del espíritu; una y otro deben pesarse por la energía en combatir y vencer nuestras pasiones; no siendo así el espíritu es cobarde y es esclavo; así esos seres de que me hablas y cuya única misión (*ocupación*, mejor dicho) es la de llevar la desunión y la discordia á todas partes no son libres, pues obran malamente y el mal es un poder tiránico que los hace dependientes de sus

errores subordinándoles á su influjo maléfico por el sólo y momentáneo placer (placer diabólico) de hacer sufrir contrariando afectos, enagenando simpatías y hollando la ley más armónica del código divino: la Caridad.

He tratado muy de cerca y por mucho tiempo á esas criaturas, y créeme que son ellas los instrumentos mas afilados para herir hondamente cuanto de más noble y delicado encierra el alma, instrumentos providenciales que nos aseguran un mejor porvenir y más rápido progreso si con una conducta digna é irrepreensible sabemos despreciar tales maquinaciones y tan odiosas.

Conozco á una persona (espiritista por cierto) que siente profunda lástima por esa categoría de seres comisionados en daño y perjuicio de su prójimo, y esto ante el cuadro de las víctimas que los sufren, en presencia de sus desgracias y el triunfo de sus enemigos: si esto es una virtud, te confieso que no la tengo y que me ha de costar mucho trabajo el adquirirla si menester es. Fúndase dicha persona en el porvenir que les espera de sombras y remordimientos, de expiación después, y aunque esto es una gran verdad que tengo siempre muy presente para procurarme en el *mas allá*, estado más satisfactorio despojándome cada día de algunas de mis muchas imperfecciones, juzgo más inmediato compadecer al que hoy llora, que tener lástima de aquél que ha de llorar mañana; esto no es, creo, ni anti-cristiano, ni anti-espiritista.

Odia el delito y compadece al delincuente, es una sentencia ú aforismo que impresionaria más que convence, pues lo creo desprovisto un tanto de lógica racionalista, porque en efecto si hemos de sentir aversión por la falta, tenemos que sentirla también por quien la obró, porque toda obra realizada, todo proyecto consumado es el *hombre* en el hombre, es su fotografía, la expresión materializada de sus pensamientos, pues no existiendo la causa, no puede producirse el efecto; así, que una y otro son *uno mismo*.

Opino que á cada cosa hay que llamarla por su nombre, y si hemos de dar sanción y cumplimiento á las leyes morales escritas en la razón y en la conciencia, deberemos calificarla gráficamente primero y luego de este conocimiento preliminar atacar la fuerza que en sí pueda llevar para destruirla, si posible fuese, de raíz, y cuando no, calcar nuestra conducta en la observación estricta de los mandatos evangelicos, lo cual pudiera no comprenderse ni apreciarse, pero cuyas consecuencias serían siempre beneficiosas sino para el individuo, en particular para el aprovechamiento de las almas en su higiene moralizadora.

Desde el momento en que el ser *inteligente, consciente y libre* es rebelde á todo sistema de educación, sordo siendo á las buenas inspiraciones de sus guías encarnados ó desencarnados, desoyendo sanos consejos y justas observaciones y esto por algun tiempo, por muchos años, deberemos abandonar empresa tan ingrata y aprovechar la limitada vida en que nos movemos, buscando á los seres de mejor voluntad que sólo esperan una voz que como á Lázaro les diga: "Levántate y anda." Para los primeros existen las reencarnaciones expiatorias: no hay otro medio de volverlos mejores, que el *debe* y el *haber* tienen á la postre que multiplicarse por guarismo igual, sumando la misma cantidad.

Te aseguro, mi buena Amalia, que cada día amo y siento más el Espiritismo, pues él me dá valor para escudriñar todos los actos de mi conciencia, juzgarme severamente y emprender mi reforma, y si bien soy una de tantas criaturas que no se distinguen por sus grandes virtudes, tampoco mi nombre puede ir envuelto en censura alguna, ni mi recuerdo atormentar ningún corazón herido y así puedo decir aunque lo diga tímidamente: Soy espiritista.

A veces pensando en la indigna conducta de algunos discípulos de Kardec, me estremezco por la situación ultra terrena que se preparan ¡desgraciados!..... pero como nada hay más inconsecuente que la razón extraviada, ni ceguera más halagadora que la pasión en todos sus grados, traducen en provecho propio las enseñanzas de los espíritus, y á este propósito dicen unos despropósitos y piensan tantos desatinos!... Aferrados á sus ideas, siguen la ruta peligrosa ayudados por sus obsesores invisibles que les secundan.

Quisiera y no quisiera concluir; lo uno, porque la vida del corazón absorbe mucha parte de mi tiempo, y no diré inútilmente porque sufrir es expiar y es progresar, lo otro, porque ¡pudiera decirte tanto! pero á mí me pasa lo que á tí; cuando más siento es cuando menos puedo expresar; y es que el molde de la palabra deberá ser una traba poderosa á la libre emisión del pensamiento, espejo del alma, imagen reflectora de nuestras conmociones.

Dichosa tú que de continuo tienes ocasión de encontrarte en esas hermosas fiestas donde el espíritu que ama el progreso halla solaz, instrucción y consuelo; y para quien como yo huye de la sociedad, porque es una farsa; de sus placeres, porque nada dicen al alma; de las amistades, porque todas me fueron ingratas, ¿no he de suspirar con pena viéndome tan distante de esos centros donde la verdad proclamada por tantos ilustrados espiritistas halla su mejor corolario en el ejemplo activo de sus obras?...

Adios, mi buena y querida hermana: deseo secundar tu obra de propaganda, pero mis facultades son pocas y mis medios escasos. No creas que sea yo sola la que procura dar vida material á las publicaciones de nuestra comunión: en esta campaña me ayudan poderosa y eficazísimamente los hermanos D. Shaya Seruya y los jóvenes Antonio Suarez y Juan Bueno, estos últimos socios de los "Hijos de la Fé," el primero de los cuales particularmente *es el alma* del citado grupo. Tengo en consignar sus nombres inmensa satisfacción: todos tres te admiran y te aman tanto como tu humildísima hermana,

EUGENIA N. ESTOPA.

CONSIDERACIONES SOBRE EL ORDEN SOCIAL

Al tener el gusto de oír por vez primera á la elocuente oradora doña Angeles L. de Ayala, encontrados sentimientos agitáronse en mi alma.

De gratitud y respeto hácia la leal propagandista del noble ideal de la dignificación de la humilde obrera, tan injustamente deprimida, cuanto ilegítimamente relegada á la más crasa ignorancia.

De pena profunda, pues si bien la entusiasta defensora del proletariado, trazara con elocuentísimas frases, las vejaciones sin cuento que atrofian el espíritu de la humilde obrera, omitió, no obstante, designar los medios de conjurar los desastrosos efectos que de esas causas emanan.

Dijo,—y muy acertadamente, la señora de Ayala,—que la pobre menestrala, al ingresar en la fábrica, ha de abdicar casi siempre de toda noción de pudor, por la coacción, que con miras innobles y bastardas, ejercen sobre su ánimo los directores de esos centros industriales, poniendo á aquellas infelices en la cruel alternativa de acceder á indignas sugerencias, ó ser expulsadas del taller donde ganan un modesto jornal.

¡Ah! desgraciadamente, hechos que la pluma se resiste á bosquejar, por la inmoralidad que revisten, vienen todos los días á confirmar los asertos de la ilustre oradora; pues la jóven obrera, ese delicado capullo cuya corola encierra el purísimo perfume de la inocencia; esa hermosa flor de niveos matices cuyo embalsamado aroma debiera vivificar el ambiente social; al pisar los umbrales de la fábrica, al aspirar la envenenada atmósfera creada en esos centros por la desmoralización de algunos seres; al ponerse en contacto con hombres destituidos de toda noción de lo Bueno, de lo Verdadero y de lo Bello; al someterse á la dictadura del amo á del mayordomo, entidades que, lejos de asumir el deber de proteger la virtud, de garantizar la inocencia de las honradas jóvenes cuyo trabajo explotan; lejos de implantar en sus talleres reglamentos que garanticen la moralidad, indispensable en toda agrupación de seres de diverso sexo, lejos de secundar la noble empresa de la dignificación de la mujer, son los primeros en hollar con torpe planta tan débil sér. La joven obrera,—decimos,—digna del más santo respeto, sólo decepciones encuentra de la injusta sociedad que la rodea; pues al prestarse á desempeñar un trabajo tan poco retribuido como altamente ímprobo á su débil organismo, con el noble objeto de adquirir un mísero sustento, y llevar, (algunas de esas víctimas del egoísmo humano,) un pedazo de pan á sus desvalidos padres, son, muchas veces, groseramente insultadas con torpes galanteos; hieren sus castos oídos las más obscenas frases, y acechadas traidoramente por la inmunda hidra cuyo hálito emponzoña su aroma virginal, vése la cándida flor arrancada de su tallo, y exhalar hasta el último átomo de su perfume, á impulso del horrísono vendabal de las pasiones. ¡Pobre flor! Ayer, pura, lozana, embalsamando con tu purísimo aroma el ambiente del paterno hogar, haciendo aspirar á tus decrepitos progenitores el oxígeno vivificador de tu pureza; ¡hoy, marchitada, deshojada, hollados tus mústios pétalos por la impúdica planta de un ser depravado! ¡Ayer, á todos atraía tu suave perfume; hoy, todos rehuyen tu impuro hálito!!! ¿Dó está la mano, que despiadada te arrancara de tu tallo? ¿Dó, la vil oruga, que mancillara tu niveo cáliz? ¡Ah! esa proterva mano, ese despreciable insecto, gérmenes son de la ignorancia, ángel maléfico, cuyas fatídicas alas, ciérnense, cual la bruma de encapotado horizonte sobre vuestros inexpertos corazones! ¡Despejad, despejad esa nebulosa atmósfera, creada en torno vuestro por el arbitrario elemento de injustas leyes, dictadas por la aberración de nuestros antepasados! Leyes anti-cristianas, que prohibían el desarrollo intelectual de la mujer; leyes destituidas de toda sanción moral, pues al paso que franqueaban al hombre el Areópago de la ciencia, anatematizaban á la mujer, diciéndole:

“Tu planta no debe mancillar el templo del saber, porque eres el paria de la humanidad; y la frente del paria, sólo ostentar puede el estigma de su mísera condición, ¡nunca la aureola radiante de la ciencia! El paria, sólo debe aspirar ser útil á su señor; y tú, sierva del hombre, sólo aspirar debes á ser útil al árbitro de tus destinos, ya seas madre, hija ó esposa.”

“No trates, pues, de invadir el dominio de la ciencia; conténtate con saber coser y arreglar tu casa; limita tu esfera de acción á cuidar tu hogar, que es lo suficiente al bienestar de una familia....”

Más, después de tantos siglos de ináuditas aberraciones, háse reconocido la necesidad de que la mujer se instruya; y esta necesidad, que por sí sola se impone; y esta necesidad, inherente al espíritu soñador y entusiasta de la mujer pensadora, responde á la idea de caridad, al sentimiento de justicia, innatos en todo pecho noble, en todo corazón generoso. Y ante este importante problema social, y ante este

ineludible deber hácia el sér más débil, alma de la sociedad, cruzánse impunemente de brazos, gobiernos y colectividades, y vése á la pobre mujer arrastrar su ensangrentada planta por las escabrosidades del antro social. Vésela, cual frágil navecilla, bogando en el proceloso océano de la vida, azotada por el Aquilón desencadenado de las pasiones; sin que un cable salvador la sustraiga á tan horrendo naufragio ¡sin que una mano benéfica le muestre en lontananza el faro luminoso de su salvación!!!

En pleno siglo XIX, en que la piqueta del progreso ha abierto profunda brecha en el inespugnable muro en que aprisionadas gemían las conciencias; en pleno siglo XIX, en que el escalpelo de la ciencia ha abierto el fecundo seno de la Naturaleza, mostrando á sus hijos las eternas verdades y bellezas sin cuento de sus admirables leyes; en pleno siglo XIX, en que el telescopio, sondeando los espacios infinitos, descubre en ellos focos gigantescos de luz, calor, electricidad, etc., esiento de miles y miles de humanidades, que en ese inmenso piélago de mundos, prosiguen la vida inmortal é infinita, como infinita es la Causa que los produjera y sostiene, no debe, no, permitirse que la noble procreadora de la humanidad, permanezca estacionada en la ignorancia de las primeras edades. La ley del progreso se impone; la ley de perfección moral, que el Sabio Legislador de todos los tiempos imprimiera á todas sus obras, esculpida se halla con indelebles caracteres en nuestra conciencia; y el no menos sublime código de caridad, que el divino obrero de Nazaret promulgara en la Judea y sancionara en el Calvario, es inherente á todo ser que aspire á la perfección.

Y esta ley de caridad, á que Jesús dió más fuerza con su ejemplo sublime; y esta ley de amor, emanada del Padre común; y esta ley de amor, ineludible á nuestra conciencia, no será un hecho, hasta que el suspiro del que sufre repercute en nuestro pecho; hasta que los dolores de nuestros hermanos hagan eco en nuestro corazón ¡hasta que las lágrimas del desgraciado, se mezclen con nuestras lágrimas!!! Y á mi humilde entender, no es con discursos brillantes; no con galas oratorias; no con sentidas frases, como cumplir debemos ley tan sacrosanta. Es llevándola al terreno de la práctica; es con hechos tangibles, como enarbolar debemos el lábaro santo del humilde obrero de Nazaret, cuyo divino lema era "Amaos como yo os amo, y como os ama vuestro Padre que está en el cielo. Haz á tu hermano lo que deseas para tí „ ¡Sublime doctrina que patentizó con el más acabado ejemplo! Y hacer á nuestro prójimo lo que para nosotros deseamos, es, no solamente no causarle decepciones, sino también asistirle en sus aflicciones morales y materiales; saciando el hambre del necesitado y cubriendo su desnudo cuerpo; redimiendo al oprimido y hospedando al desheredado que carece de hogar; asistiendo al enfermo y consolando al afligido ¡visitando esas mansiones del dolor, llamadas hospitales, donde los desgarradores ayes de los dolientes, forman lúgubre concierto con el sibilante estertor de los abandonados moribundos!!! Penetrando en esos centros de tortura moral y física, denominados por sarcasmo *centros de corrección*, y que en realidad sólo son corruptores antros, dó el hombre acaba por perder toda noción de decoro y moralidad ¡Desgraciados seres que habitáis esas putrefactas y oscuras simas, llamadas Garduñas, Saladeros, etc.! ¡Cuán poco se practica con vosotros la ley sublime de caridad! En los deficientes sistemas disciplinarios á que se os somete en esas siniestras mansiones ¡la ley de amor es un mito, la caridad un sarcasmo!!! Por eso, cuando recobráis la libertad, lejos de salir regenerados, vais á engrosar las filas de la falange perturbadora que se ríe de esta sociedad que tan injustamente os rechaza de su seno! Regenerar al criminal, poniéndole de relieve,—con dulzura y sin

insultarle,—la tenebrosa pendiente por donde ha empezado á deslizar sus inciertos pasos, y las consecuencias ulteriores de sus extravíos; inculcar en su perturbado espíritu el sentimiento del bien, es una de las más sublimes fases del cumplimiento de la Ley de Caridad. Y debemos también practicar esta elevadísima virtud, haciendo brotar, del fecundo seno de la ciencia, raudales de luz que ilumine las inteligencias sumidas en el abismo de la ignorancia, germen de gran parte de los males que afligen á la humanidad.

Ya el Sabio de todos los tiempos, dijo. “Nunca os faltarán entre vosotros pobres que socorrer.” Y yo á mi vez os digo. “Penetremos, hermanos, en la humilde morada del noble trabajador, donde el cuadro de la miseria, forma triste paralelo con el de la ignorancia.” Atenuemos el malestar que le causa, aquélla, acallando el grito desgarrador del hambre que agujonea á los pequeñuelos, poniendo en sus manecitas un pedazo de pan. Infiltrémos en todos sus corazones el bálsamo consolador de la santa doctrina de las *compensaciones* y de la esperanza del porvenir. Estrechemos entre las nuestras la mano de la adolescente obrera; y haciéndole elevar su mirada al eter inmenso, dó gravitan las numerosas miriadas de habitaciones humanas, digámosle quién es ella, de dónde viene y á dónde vá. Digámosle, que, átomo imperceptible en el gran laboratorio de la naturaleza, y habiendo revestido, en su principio, formas elementales, y animado organismo los más rudimentarios de la inmensa serie de los seres, ha ido progresivamente separándose de su origen, hasta formar el ser pensante; y continuará elevándose gradualmente por la infinita escala del progreso, hasta llegar á la perfección relativa, única accesible á la humanidad. Empero, digámosle también, que para ascender á la cima dó se divisa ese espléndido horizonte, es necesario sacuda la apatía en que yace: es indispensable eleve su mirada á la cumbre dó brilla el radiante astro del saber, y absorba sus vivificantes esplendores: es necesario que trueque el baile y otras distracciones que enervan el espíritu, por el estudio de las leyes que rigen el universo; y, finalmente, es de absoluta necesidad prescindir de las trivialidades propias de su sexo, para poder beber, con verdadera fe, en esas purísimas fuentes de la ciencia.

Entonces se ofrecerán á su atónita mirada, horizontes esplendentes, por ella ignorados; y arrancando de su ser, vetustas creencias, aprenderá á conocer á Dios en espíritu y verdad; y su alma, templada al suave calor del saber humano, entrará en una nueva era de felicidad, nunca por ella sentida y admirada, observará que la esclava de ayer ha cedido su puesto á la mujer ennoblecida de hoy, y que sobre las ruinas del infamante harem, baldón de la humanidad, levántase glorioso el pedestal dó se rinde homenaje á la virtud é ilustración de la digna compañera del hombre.

Hágasele comprender todo esto, y os convenceréis, de que, la que posee en estado latente análogas facultades que el hombre, sabrá desarrollarlas tan brillantemente como es aquél; sabrá sacudir el odioso letargo de la ignorancia y despertar á la fúlgida aurora del progreso, iniciada por los Newton, Galileos, Laplaces, Giordanos Bruno y otros grandes genios que en el decurso de los siglos han ido arrancando á la Naturaleza sus arcanos.

Y á medida que váya aumentando el caudal de sus conocimientos, irá también aquilatándose su espíritu en la balanza de la virtud; y serena é impassible, proseguirá su peregrinación terrestre, respetada por todos, ya pertenezca al más alto rango social, como á la más humilde gerarquía.

Hemos trazado á grandes rasgos, las causas que poderosamente influyen en la inferioridad moral que desgraciadamente se nota en gran número de mujeres de la

clase menesterosa; indicando también, según nuestro humilde criterio, el lenitivo que aplicarse debe á esta horrible llaga social. Réstanos ahora, exponer someramente los medios que deben adoptarse para arrancar de la ignorancia á tan injustamente desatendido ser.

Una dificultad surge imponente ante proyecto tan laudable, y es la censurable apatía que los poderes constituídos muestran hácia esta medida tan necesaria como equitativa. Más el sensible vacío que los gobiernos dejan en esta importantísima materia, debe suplirlo la iniciativa particular, allegando unos, recursos materiales, aportando otros, el valioso contingente de su ciencia; y constituyendo de consuno, la potente avalancha que destruya para siempre el formidable muro de la ignorancia.

Y á los espiritistas esta reservada misión tan humanitaria; los espiritistas estan llamados al cumplimiento de tan alto deber; y los espiritistas somos los que debemos tender, sobre el abismo tenebroso de la ignorancia, el cable salvador de la ilustración, dó pueda salvarse la mujer de la clase popular, para reivindicar sus usurpados derechos, ante la injusta sociedad que la deprime.

Y para realizar tan noble aspiración, no debemos, no, dejar de asistir á nuestras sesiones, *según el sentir de la señora de Ayala*; muy al contrario, debemos fomentarlas, y lo que es más aún, debemos instar á nuestra desvalida hermana, la humilde obrera, á que visite nuestros centros; á que se identifique con nuestra filosofía, fuente de inagotable consuelo, donde saciar puede la ardiente sed de justicia que siente su atribulado espíritu.

Entonces se explicará el por qué de sus sufrimientos; comprenderá que su opresión de hoy es obra de su despotismo de ayer; que sus actuales privaciones son consecuencia lógica de su fausto de otros días, y se conformará con la equitativa doctrina de las compensaciones, con la ley de justicia histórica, que á todos habrá de alcanzar.

Y á más de iniciar en nuestra elevada filosofía á la benemérita clase proletaria, establezcamos también escuelas nocturnas y dominicales, donde la joven obrera pueda concurrir, por espacio de dos horas, á cultivar su inteligencia, siquiera sea con las nociones más elementales del saber. Organicemos tómbolas y suscripciones y todos los espiritistas, *según nuestra respectiva posición*, aportemos el óbolo bienhechor, que contribuir debe á difundir la instrucción entre la mujer de la clase trabajadora.

Espinosos serán los principios; pero la caridad, ese genio bienhechor de rutilantes alas, que con virtiginoso vuelo acude doquiera se exhale ayes de dolor; ese ángel de apacible faz, que acoge, bajo su blanco ropaje, al desvalido huérfano como á la desolada viuda; esa virtud sublime que inspira las acciones más heroicas y elevadas; esa amiga bondadosa, cuya solícita mano enjuga todas las lágrimas, restaña todas las heridas; cuyo consolador eco se hace oír, ya en el opulento palacio bajo cuyos artesonados techos se oculta el dolor, ya en la humilde bohardilla dó se enseñoorea, la más espantosa miseria... sabrá dar vigoroso impulso á nuestra laudable aspiración. La historia está llena de rasgos sublimes, inspirados por el fuego sacro de la caridad; y nosotros los espiritistas, cuya noble insignia es *Hácia Dios por el amor y la ciencia*, debemos imprimir en nuestra alma estas palabras del apóstol "quien no ama á su hermano, marcha por sendas extraviadas;" "quien no ama á su hermano, es homicida," "¡quien no ama á su hermano, yacé en estado de muerte!!" Y oyendo incesantemente el eco del apóstol, enarbolemos la enseña santa de nuestra regeneradora filosofía, prototipo dignísimo de la doctrina vertida y practicada

por el espíritu más perfecto que ha atrevesado la Tierra, por el Transfigurado en el Tabor. A menos á nuestra desheredada hermana; saquémosla del antro de la ignorancia, y establezcamos recompensas para premiar á las que descuellan en virtud y aplicación. Evoquemos los sentimientos filantrópicos de todos nuestros hermanos; y si alguno, por su modesta posición, no pudiera responder á nuestro humilde llamamiento con la largueza que deseara, acuérdesese del *modesto óbolo de la viuda del evangelio*; y creemos que ni un sólo espiritista dejará de aportar su grano de arena al grandioso edificio levantado por la caridad en pró de la hija del pueblo, alma de la sociedad, y blasón honroso que un día embellecerá los fastos de la historia.

AMALIA TORRES DE MAREMA.

COMUNICACIONES

Hermandades míos: Cuantas veces sucede aquí en la tierra que aquellos seres que se creen más felices, porque hastiados de consideraciones sociales, y de todo lo que constituye la felicidad material, no miran un más allá, y en medio del torbellino de su mentida felicidad llega el hastío, y deja ver un vacío que no ha podido llenarse ni aun á trueque de mentidos placeres y grandezas, ese vacío, es la tranquilidad de espíritu y de conciencia, que sólo puede llenarse con las bases de una sólida moral, mientras más felices se crean esos desgraciados seres, es precisamente cuando son más desgraciados, porque en medio de todos sus honores y grandezas, siempre sienten un algo que les falta, y que no pueden encontrar ni con el poder ni con las riquezas materiales: en cambio, encontrais otros seres que al contrario os parecen muy desdichados, y sin embargo de sus miserias y privaciones, verá el observador en aquella fisonomía los rasgos más característicos de un bienestar interior que está en contraposición con las manifestaciones exteriores. Todos los seres en la tierra traen su historia y sus cuentas que saldar; los más favorecidos de la fortuna, como los más desgraciados, son vehículos que conducen un espíritu para su progresión; dejad por un momento las mentidas, felicidades terrenales, y os consideraréis relativamente felices, si os conformais con lo que habeis recibido: dentro cada cual de su esfera debe obrar el bien en la medida de sus fuerzas, tanto materiales como intelectuales, y el producto de esas virtudes es su adelanto, es su progresión, y es en suma la tranquilidad de su espíritu y de su conciencia, y la esperanza en las dichas futuras en el porvenir de su espíritu.

Estudiad y aprender para cultivar y enseñar, ese es el deber más sagrado del que en la tierra debe ser un verdadero apóstol de la doctrina espírita. Adios.

EL ABATE,
M. J. G.

Hermandades míos: La gratitud bien sentida es una de las más hermosas cualidades que pueden adornar á los seres encarnados ó desencarnados. Con frecuencia observais en la tierra que la gratitud en los seres, sino se olvida se enfría y se estaciona; esa es una prueba cierta y segura de la pequeñez humana. En lo humano las pasiones ciegan al espíritu y ofuscan la inteligencia. Conservad siempre la gratitud y el amor, que son el mejor adorno para el espíritu. Ya os dan el ejemplo los espíritus en el espacio, su gratitud es eterna, y su amor y abnegación eternos también; puesto que ya no existe la lucha de la materia que siempre es la barrera insuperable, el continuo entorpecimiento del espíritu mientras que en ella está aprisionado. Seguid el ejemplo de los seres libres del espacio en todas las virtudes, pero muy especialmente en la gratitud y el amor, que serán siempre el luminoso faro que guiará á vuestros espíritus á las regiones de la felicidad.

J. LOPEZ.
M. J. G.